

# ¿HEREJE UNAMUNO?

Un lector utiliza una frase mía sobre Unamuno dándole una vuelta para que pudiera deducirse de ella lo contrario de lo que quiero expresar. Si Unamuno en su tiempo fue considerado como heterodoxo por muchos, lo fue por el ambiente rigidamente doctrinal, como se concebía entonces en España el catolicismo. Hoy, en cambio, modificadas las circunstancias por causa del clima creado en España tras el Concilio Vaticano II, sería difícil que le sintiéramos tan alejado del cristianismo católico como entonces se le consideró.

Pero de mi frase —o de ninguna otra— no se puede deducir que Unamuno fuese, ni entonces ni ahora, un verdadero hereje. O, lo que sería más curioso, que dedujéramos ahora que los católicos posconciliares, al abrirse mentalmente, son herejes.

Yo creo que estos planteamientos provienen, en quien los hace, de una falta de información. El tema que el domingo pasado ha dirigido todos los comentarios religiosos en las iglesias francesas ha sido: «quien se informa mal, razona mal». Y esto, en mi opinión, es lo que pasa a muchos de nosotros.

Es necesario que distingamos entre el individuo que es verdaderamente hereje, en el sentido personal de la palabra, y el que es heterodoxo en sus ideas. El hereje, según el Derecho de la Iglesia (el actual Código de Derecho Canónico), es aquel que «deliberada» y «obstinadamente», mantiene una creencia contra los dogmas religiosos definidos por la Iglesia católica. Es el hereje formal, según la terminología eclesiástica al uso. Este hereje, para la Iglesia es culpable, al ser consciente del rechazo de la enseñanza oficial y definitiva de la Iglesia; pero aquel que se limita a afirmar algunas cosas contra los dogmas eclesiásticos, pero no lo hace con esa deliberación culpable y esa obstinación responsable, no es un verdadero hereje. Por eso todos los teólogos de este siglo, con muy buen acuerdo, pensaron que los protestantes que heredaron unas ideas de sus fundadores no son verdaderos herejes en este sentido. Y el mismo criterio debe aplicarse a cualquier otra persona que no tenga esas características de deliberación obstinada y consciente contra lo que dice la Iglesia, creyendo, por otro lado, que la Iglesia tiene autoridad sobre él.

Así pensaron también casi todos los teólogos del siglo XVI, y lo han repetido teólogos tan seguros, prudentes y comedidos como el famoso Tanquerey, cuyos libros sirvieron para la formación de los seminaristas católicos durante muchos años en este siglo.

Según la terminología de la teología de estos últimos siglos, no se puede afirmar que Unamuno sea un hereje por la sola razón de que mantuviera algunas ideas que en su tiempo parecían en contra de la expresión oficial del dogma católico.

El Profesor Charles Moeller, hoy subsecretario de la Congregación para la Doctrina de la Fe (antiguo Santo Oficio), en los diversos estudios que hace sobre Unamuno recuerda que a lo largo de la vida de esta gran figura religiosa española sufrió una conversión. Y de ella se puede decir que «es de esas auténticamente religiosas que van acompañadas de un desconocimiento superficial aparente —quizá violento— de Jesucristo y de la Iglesia; (pero) es espiritualmente válida, aunque objetivamente deficiente. A pesar del sabor panteísta de ciertos textos y del teísmo religioso en que desembocó, el rector de Salamanca está impregnado de revelación cristiana». (*Literatura del Siglo XX y Cristianismo*, Tomo IV.)

Hace unos años se encontró el Diario de don Miguel de Unamuno, y varios especialistas de su figura y de su pensamiento lo analizaron, llegando a la siguiente conclusión: «Sus comentarios filosóficos están mezclados con reflexiones teológicas que prueban que don Miguel estuvo infinitamente más próximo de una conversión total de lo que se pensaba hasta ahora». (*Textes inédits de Miguel de Unamuno*, Charles Moeller. Université de Louvain, 1961.)

Creo que estas reflexiones desembocan con toda razón en un análisis de las inquietudes y anhelos de Unamuno por volver, después de sus crisis de juventud, a una creencia básicamente católica. El Profesor Moeller sigue diciendo: «Unamuno sueña con volver al redil de la Iglesia católica. La fe que implora debe destruir la máscara del hombre viejo en el fuego de su amor. Esta fe es también sobrenatural y dogmática, pues Unamuno descubre, por la oración y la meditación, la verdad de los dogmas, y no como fórmulas, sino como símbolos de misterios». (*Literatura del Siglo XX y Cristianismo*, Charles Moeller. Tomo IV.)

La vida de Unamuno no es una línea recta, sino que está llena de altibajos que siempre se mantienen en una tónica de inquietud

cristiana, y de entrega a los principales motivos cristianos. Eso es lo que le hace más católico que muchos que en aquel tiempo se presentaban oficialmente como seguidores de la Iglesia católica.

La buena fe de Unamuno y su proximidad católica están actualmente fuera de toda duda. Y ahora que la Iglesia ha comenzado a abrir sus puertas —sea o no demasiado tarde— fallaría completamente si una figura religiosa española como la de don Miguel de Unamuno no pudiera estar entre nosotros en pie de igualdad, aunque algunas de sus ideas sean discutibles o incluso equivocadas. Porque ahora vemos bien claro que muchos ortodoxos católicos del tiempo de nuestra monarquía mantuvieron muchas ideas religiosas que claramente han sido contradichas por el Concilio Vaticano II, y, en cambio, de Unamuno podríamos sacar muchas ideas y actitudes personales profundas que están muy próximas a este Concilio. Y sobre todo lo están de las reflexiones que muchos católicos y teólogos han hecho después del Vaticano II, sin por eso considerar la Iglesia que estén fuera de ella, como han sido Hans Küng y el Padre J. L. McKenzie con sus interpretaciones de la infalibilidad pontificia, que hubiesen sido tachadas de hereéticas hace pocos años.

Podrá uno decir que este tipo de discusiones, como la que aquí expreso, no producen sino turbación en la mente de algunos católicos, y que —como ha dicho un Obispo español recientemente— este pueblo cristiano «tiene derecho a una Iglesia que le ofrezca la paz, no la turbación de una polémica continuada». Pero esto es condenar el cristianismo al inmovilismo, siendo así que lo que Jesús enseñó en su Evangelio fue una vida dinámica. O sería añorar, contra lo que pensó Juan XXIII, aquellas épocas en que no existía el diálogo religioso, sino las condenaciones fulminantes. Pero como el Padre Liegé, O. P., acaba de recordar: «La fe es necesariamente crítica, porque es una elección entre varios riesgos... Y la Iglesia debería reconocer que la mejor situación para ella es la de una sociedad pluralista, porque Dios quiere ser elegido. Y hoy todos los hombres deben poder debatir todas las cuestiones libremente, incluso las que se refieren a Dios» (*La Croix*, 5 de febrero 1972).

Debemos acostumbrarnos los católicos a vivir en un mundo religiosamente pluralista en donde no nos sintamos neuróticamente angustiados por creernos rodeados de enemigos. Debemos reflexionar en los valores positivos que tiene el pensamiento de los demás, y sobre todo la actitud personal de autenticidad que tienen muchos hombres que hasta ahora habíamos considerado como fuera de nuestro ámbito. Hace muchos siglos, un Padre de la Iglesia, San Gregorio de Nacianzo, había dicho ya: «Hay muchos de los nuestros que no son de los nuestros, y hay muchos de los que parecen estar fuera que son de los nuestros, porque tienen la realidad y sólo les falta el nombre».

Por eso, en vez de considerar como herejes a los que tienen algunas ideas que no coinciden con las nuestras o con las que se barajaban hace unos años sin posible apelación al diálogo religioso, lo que tendríamos que hacer es comprender el testimonio humano y religioso que nos dan estos hombres como Unamuno. Hombres que han acercado a muchos españoles vacilantes al cristianismo bastante más que todos los teólogos rígidos, defensores de nuestro nacional-catolicismo, o que los católicos integristas que no quieren comprender la legítima evolución de las ideas religiosas a la luz de esta penetración más profunda de la fe que se debe realizar cuando antes en nuestra nación, si es que queremos que el catolicismo perdure en lo que tiene de cristiano.

Son dignas de reflexión en este momento dos manifestaciones católicas. La una, de Menéndez y Pelayo, cuando se dirigió al Congreso Católico de Madrid en 1889. Y la otra, del Padre Aelxed Graham, O. S. B., en su reciente libro *The End of Religion*.

El primero decía que cuando los católicos españoles se distraían en cuestiones sin profundidad y en amargas recriminaciones personales, vemos avanzar cada vez con mayor indiferencia la gran marea de incredulidad y de desorientación moral, en vez de hacer una reflexión más profunda y un desarrollo más científico —y entonces abandonado por los católicos españoles— de la exégesis bíblica y de las ciencias históricas.

Y el beneditino inglés dice ahora que «en religión, las palabras conservador y progresista son categorías inadecuadas, porque las únicas categorías que deben aplicarse son las de radical y superficial... Por eso las generaciones jóvenes y muchos de los ya mayores buscan actualmente una nueva fundamentación de lo religioso acercándose con radicalidad a los ejemplos vivos, en vez de quedarse en conceptos superficiales que resultan anticuados o huecos».

MIRET MAGDALENA